



CAPÍTULO XV.

MALARTIC EN ESCENA.

Si la cólera del duque al entrar en su casa había sido viva, no la experimentó menor Sigognac al saber la tentativa de Vallombreuse contra Isabel. Preciso fué que el Tirano y Blazius le hiciesen largas reflexiones para impedirle que se fuese al palacio de aquel señor con objeto de provocarle á un combate que de fijo hubiera rehusado, pues como Sigognac no era ni el hermano, ni el marido, ni el novio declarado de la comediante, no le asistia ningun derecho para pedir cuenta de un acto que, por otra parte, se justificaba por sí mismo, dada la costumbre inveterada en Francia de cortejar con toda libertad á las mujeres bonitas. La agresion del matachin sobre el Puente Nuevo era, sin duda, ménos legítima; pero aun cuando fuese probable que el golpe viniese de parte del duque, ¿cómo seguir las ramificaciones tenebrosas que unian aquel bandido con aquel magnífico señor? Y aun suponiendo que las hubiesen descubierto, ¿cómo probarlo? y ¿á quién pedir justicia de aquellos cobardes ataques?

A los ojos del mundo, Sigognac, al ocultar su calidad, no quedaba convertido más que en un histrion, un farsante de baja estofa á quien un noble como Vallombreuse podia, á su antojo, hacer apalear, encarcelar ó matar, sin que nadie tuviese que decir, si le estorbaba ó le incomodaba en algo.

Isabel, por su honrada resistencia, hubiera pasado plaza de remilgada y gazmoña, pues la virtud de las mujeres de teatro cuenta muchos Tomases incrédulos y Pirrones escépticos.

No habia pues medio de atacar abiertamente al duque, lo que desesperaba á Sigognac, quien reconocia á pesar suyo la certeza de los motivos que alegaban Herodes y el Pedante, de hacerse el muerto, pero estar ojo avisor y oído alerta; pues aquel condenado señor, bello como un ángel y malo como un demonio, no abandonaria su empresa aunque tuviese que pasar por todo.

Una dulce mirada de Isabel, quien tomó entre sus blancas manos las de Sigognac, temblorosas de despecho, induciéndole á que dominase su corage por amor á ella, apaciguó del todo al Baron, y las cosas recobraron su habitual curso.

La compañía debutó con gran éxito. La gracia púdica de Isabel, la vis cómica de la doncella, la coquetería elegante de Serafina, los desbarros arrogantes del capitán Estruendo, el énfasis magestuoso del Tirano, los blancos dientes y las encarnadas encías de Leandro, la ingenuidad grotesca del Pedante, el genio matrero del Intrigante, el talento cómico de la Dueña, produjeron el mismo efecto en Paris que en provincias; sólo les faltaba, pues, la aprobación de la corte, donde se encuentran las personas de gusto y los más entendidos; tratábase hasta de llamarlos á San German, pues el rey, á oídos de quien habia llegado la fama de los cómicos, deseaba verlos, lo que llenaba de satisfacción á Herodes, jefe y cajero de la compañía.

A menudo personas de calidad les contrataban para representar en su palacio, con motivo de alguna fiesta ó banquete dado á damas curiosas de ver á aquellos actores que

competian con los del teatro Borgoña y con la compañía del Marais.

Así es que Herodes, acostumbrado como estaba á tales demandas, no se sorprendió cuando una mañana, en la posada de la calle Delfina, se presentó una especie de intendente ó mayordomo, de aspecto venerable como lo tienen esos servidores encanecidos en el servicio de las casas principales, que pedía hablar con él de parte de su señor, el conde de Pommereuil, para asuntos de teatro.

Aquel mayordomo, vestido de terciopelo negro de la cabeza á los piés, llevaba al cuello una cadena de ducados de oro, medias de seda y zapatos con anchos lazos, de punta cuadrada, un poco anchos, como conviene á un anciano á quien suele atacar la gota. Una especie de alzacuello hacia contrastar su blancura, sobre el negro del jubon, y daba realce al color de su semblante, curtido por el aire del campo, en el que resaltaban, como toques de nieve sobre una escultura antigua, las pestañas, los bigotes y la perilla. Sus largos cabellos, completamente canos, le caian hasta los hombros y le daban la fisonomía más patriarcal y más honrada.

Debia ser aquel uno de esos intendentes cuya raza se ha perdido, que cuidan de la fortuna de sus amos con más rigor que la suya propia, hacen advertencias sobre los gastos exagerados y, en las épocas de desgracia, aportan sus mezquinos ahorros para sostener la familia que les ha alimentado en sus prosperidades.

Herodes no se cansaba de admirar el buen aspecto y gravedad de aquel intendente que, despues de saludarle, le dijo con corteses palabras:

—¿Sois vos en efecto ese Herodes que rige con mano tan firme como la de Apolo, la compañía de las Musas, esta excelente compañía cuya fama se extiende por la ciudad y ha ya salvado sus muros, pues ha llegado al fondo de los dominios que mi señor habita?

—Yo soy en efecto quien tengo este honor,—respondió

Herodes haciendo un saludo el más gracioso que le permitió su aspecto rudo y trágico.

—El conde de Pommereuil,—repuso el anciano,—desearia muy mucho, para solazar algunos huéspedes principales, ofrecerles un espectáculo teatral en su castillo, por lo que creyendo que ninguna compañía mejor que la vuestra llenaria el objeto, me manda á pedirnos si os seria posible ir á dar una representacion en su tierra, que sólo dista de aquí algunas leguas. El conde, mi amo, es señor liberal, espléndido, y no reparará por lo tanto en remunerar largamente vuestra ilustre compañía.

—Haré cuanto esté á mi alcance para contentar á tan ruboso caballero,—respondió el Tirano,—aunque nos sea sensible abandonar Paris, no fuese más que por algunos dias, en el momento en que estamos haciendo furor entre el público.

—Tres jornadas bastarán,—dijo el mayordomo:—una para el viaje de ida, otra para la representacion, y la última para el regreso. Hay en el castillo un teatro en el que nada falta, excepto las decoraciones, que vos os encargareis de llevar; además, aquí van cien pistolas que el conde de Pommereuil me ha encargado que os entregase en propia mano para los gastos de traslado; despues de representada la comedia recibireis otras tantas, y habrá sin duda algun regalo para las actrices, tales como anillos, alfileres ó brazaletes, á lo que es siempre sensible la coquetería.

Y uniendo la accion á la palabra, el intendente del conde de Pommereuil, sacó de su faltriquera una larga y pesada bolsa, hidrópica de dinero, la inclinó, y vació sobre de la mesa cien hermosos escudos nuevos del brillo más seductor.

El Tirano miraba aquellas piezas caidas las unas encima de las otras, con gesto de satisfaccion, mientras con la mano derecha se acariciaba la barba. Cuando las hubo contemplado á su gusto, las levantó, las apiló y luego se las metió en la faltriquera con ademan de aquiescencia.

—¿Luego,—dijo el intendente,—puedo decir á mi amo que aceptais?

—Estoy á la disposicion de su merced yo y todos mis camaradas,—respondió Herodes;—ahora falta que designeis el dia en que debe tener lugar la representacion y la comedia que el señor conde desea, á fin de que llevemos los trages y los accesorios necesarios.

—Convendria,—respondió el intendente,—que fuese el jueves, pues la impaciencia de mi amo es grande; en cuanto á la comedia, la deja á vuestra eleccion.

—La *Ilusion cómica*,—dijo Herodes,—de un jóven autor normando que promete, es lo que hay de más nuevo y está más en voga al presente.

—Sea por la *Ilusion cómica*: los versos no son malos y hay en ella un papel de Matamoros soberbio.

—Ahora sólo falta que se nos indique, de un modo exacto y preciso para que no podamos equivocarnos, el sitio donde se levanta el castillo y el camino que debemós seguir para llegar á él.

El intendente del conde de Pommereuil dió noticias tan exactas y detalladas, que un ciego, tanteando el suelo con el palo, no se hubiera equivocado; pero temiendo sin duda que el cómico una vez en camino se olvidase de estos marchad de frente, luego volved á derecha y despues tomad por la izquierda, añadió:

—No cargueis vuestra memoria, obstruida con los mejores versos de nuestros poetas, con tan prosáicas y vulgares nociones; yo enviaré un lacayo, quien os servirá de guia.

Cerrado el trato, el anciano se retiró haciendo muchas cortesías que Herodes le devolvía, y que despues de la del cómico reiteraba aquel inclinándose más, semejjando dos paréntesis tomados de la danza de San Guy, removiéndose uno frente de otro. No queriendo ser vencido en este combate de cortesía, el Tirano bajó la escalera, atravesó el patio y no se detuvo hasta el umbral de la puerta, donde dirigió al inten-